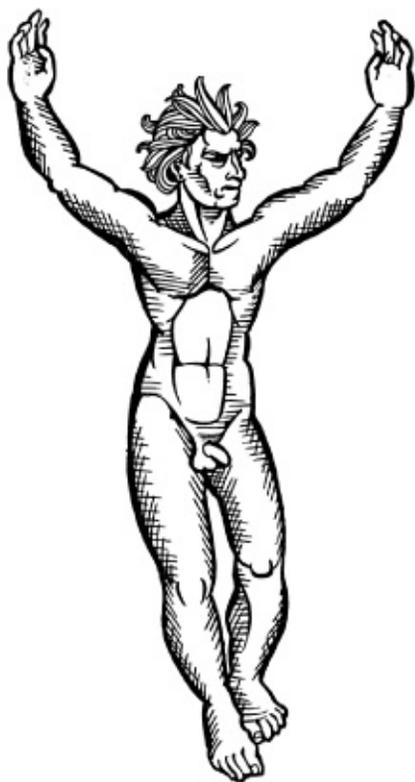
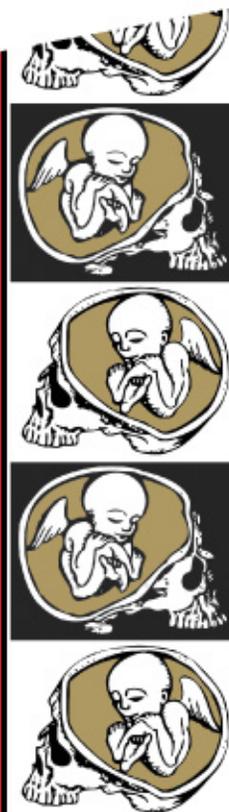


Historias inverosímiles, en general

Alasdair Gray

Traducción de Marcelo Cohen



Primera edición: mayo de 2013

Título original, *Unlikely Stories, Mostly*

© Alasdair Gray 1951, 1997

© de la traducción del inglés, Marcelo Cohen de Levis

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2013

© Ilustraciones, Alasdair Gray

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Producción editorial: Alberto Sotelo

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: Romanyà Valls - Capellades

Depósito legal: B-10376-2013

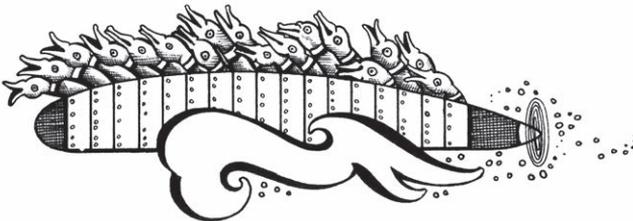
ISBN: 978-84-15539-48-3

BIC: FA, FLC

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

Impreso en España - Printed in Spain

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.



C I N C O
C A R T A S
D U R I O
I M P E R I A L
O R I E N T A L



DONDE SE DESCRIBE EL RIEGO
LA ETIQUETA LOS RUMORES
EL GOBIERNO LA EDUCACIÓN
EL URBANISMO LA JUSTICIA
LOS ZUECOS LOS MASAJES
EL SEXO LA VENTRILOQUIA
LAS COMETAS Y LA POESÍA
EN UNA NACIÓN OBSOLETA



PRIMERA CARTA

QUERIDO PADRE , QUERIDA MADRE: El nuevo palacio me gusta. Es todo a cuadros como un tablero de ajedrez. Los cuadros rojos son edificios, los blancos son jardines. En el centro de cada edificio hay un patio, en el centro de cada jardín hay un pabellón. Soldados, ayas, mensajeros, conserjes y otros integrantes de la clase servidora viven y trabajan en los edificios. Los miembros de la clase de los huéspedes de honor tienen pabellones. Mi pabellón es pequeño pero hermoso, y está en el jardín de las hojas perennes. No sé cuántos cuadrados tiene el palacio, pero sin duda más que un tablero de ajedrez. Habéis oído el rumor de que para levantar los fundamentos se habían demolido algunas aldeas y una famosa ciudad pequeña. Aunque ese rumor lo autorizó el emperador inmortal, a mí me pareció exagerado. Ahora me parece demasiado tímido. Desde la vieja capital, donde espero que continuéis siendo felices, pasamos diez días viajando río arriba. Los días eran claros y tibios, sin polvo, sin niebla. Sentados en la cubierta alcanzábamos a ver las torres de las ciudades a nueve o diez kilómetros de distancia, y cuando al anochecer nos levantábamos veíamos, en lo más lejano del horizonte, en el crepúsculo, el centelleo del heliógrafo sobre las ciudades. Pero a los

seis días ya no quedaba signo de construcción alguna, sólo arrozales con esporádicas tiendas de inspectores de riego. Si toda esta tierra vacía alimenta al nuevo palacio, tienen que haber suprimido varias ciudades. Quizás los habitantes estén conmigo dentro de los muros, saliendo unos días por año para plantar y cosechar, y en los intervalos trabajando en los jardines de los funcionarios.

Os habríais admirado de la compañía que tuve en la barca. Éramos todos miembros de la clase de los huéspedes de honor: contables, poetas y rectores, muchos muchos rectores de enseñanza. Juntos estábamos muy alegres y dijimos muchas cosas que con las nuevas normas de etiqueta no habríamos podido decir en el palacio nuevo.

—¿Por qué hay tantos rectores y tan pocos poetas? —le pregunté al rector de literatura—. ¿Es más fácil formarlos a ustedes que a nosotros?

Y él me contestó:

—No. El emperador necesita todos los rectores posibles. Si la cuarta parte de sus súbditos fueran rectores, se sentiría realmente feliz. Pero más de dos poetas desgarrarían el reino.

Encabecé la fuerte risotada que premió una observación tan profundamente ingeniosa, y mi pobre, taciturno y pequeño enemigo y colega Tohu tuvo que apartarse refunfuñando. Sus hoscas miradas no paran de divertirme. A Tohu lo han educado para envidiar y temer a todos, especialmente a mí, mientras que a mí me han educado para sentirme serenamente superior a todos, especialmente a él. Nadie lo sabe mejor que el rector de literatura que nos educó a los dos. Lo cual no significa que quiera que yo escriba mejor que Tohu; sólo demuestra que quiere que yo escriba con sentimientos altos y Tohu con sentimientos bajos. Por el momento ninguno de los dos ha escrito pero yo espero ser el mejor. Ojalá el emperador me ordene pronto celebrar algo importante y yo le proporcione exactamente lo que desea. Entonces me podréis querer tanto como os gustaría.

Esta mañana, mientras desayunábamos en la bodega de la barca, entró Tohu con la cara tan blanca que todos nos quedamos mirándolo.

—¡El emperador nos ha engañado! —gritó—. ¡En vez de remontar el río hemos bajado! ¡No estamos llegando a un palacio en el centro del imperio sino a la gran muralla del borde! ¡Nos están mandando al exilio, con los bárbaros!

Salimos a cubierta. De más está decir que se había equivocado. La gran muralla tiene torres con troneras cada kilómetro, y en algunos lugares es curva. La muralla que veíamos a lo largo del horizonte era totalmente lisa y sin ventanas y por ningún lado se veía que acabara. Tampoco alcanzábamos a ver algo detrás, salvo las altas cúspides ahusadas de dos torres de correos, una al este, otra al oeste, con las motas blancas de las palomas mensajeras volando hacia ellas o alejándose hacia cada punto del cuadrante. El espectáculo nos dejó a todos muy callados. Yo levanté un dedo, reuní a mi comitiva y bajé a vestirme para desembarcar. Les llevó mucho tiempo ajustarme la capa y los zuecos ceremoniales y luego tuvieron que subirme de nuevo a la cubierta. Como ahora era el hombre más alto a bordo tuve que desembarcar primero. Avancé hasta la proa y me quedé allí, los brazos rígidos a los costados, las manos aferrando el moño del médico, que me sostenía el muslo izquierdo, y la espesa cabellera de Adoda, mi masajista, que me abrazaba tibiamente el derecho. Detrás de mí el secretario y el chef sostenían cada uno una punta de la capa para que todo el mundo viese, más altas que la cabeza de un hombre común, las rodilleras verdes del poeta trágico del emperador. Sin volverme supe que detrás de mi comitiva se habían alineado los rectores, el primero de ellos una cabeza más bajo que yo, después los contables y luego, menor y último, el poeta cómico del emperador, el pobre Tohu. Las suelas de sus zuecos ceremoniales son de apenas veinticinco centímetros de grosor y casi carece de comitiva. Tiene como médico, masajista, secretaria y chef a la misma aya menuda.

Muchas veces me había imaginado así, alto en la proa, un trágico sublime llegando al nuevo palacio. Pero me había representado una gran puerta o portal completamente abierto, con policías conteniendo a multitudes a cada lado, y quizás arriba un balcón con el emperador rodeado por el colegio de rectores. Pero aunque la lisa muralla era el doble de alta que la mayoría de los acantilados, yo no veía en ella abertura alguna. Al pie había un muelle atestado de naves. El río se extendía a derecha e izquierda en un amplio foso, pero la corriente parecía salir de debajo del muelle. Entre estibadores vociferantes y toneles y fardos amontonados vi un tranquilo grupo de hombres con gongs oficiales en las muñecas y la ropa negra y las rodilleras escarlata de los conserjes. Aguardaban en un embarcadero vacío donde se deslizó la proa de nuestra barca. Unos estibadores la amarraron. Bajé a tierra encabezando el grupo.

Reconocí a mi conserje por los zapatos verdes que usa esta gente cuando sirve de guía a un poeta. Nos recordó que dentro de los muros del palacio la nueva etiqueta era obligatoria. A los demás pasajeros los condujeron a otras puertas. Ahora yo veía cientos de puertas, todas altas hasta la cintura y del ancho suficiente para que pasara un tonel rodando. Mi comitiva me ayudó a arrodillarme y entré a gatas detrás del conserje. Fue la peor parte del viaje. Tuvimos que gatear una gran distancia, casi siempre cuesta arriba. Adoda y el doctor intentaban ayudar turnándose para empujarme con la cabeza las suelas de los zuecos. El piso estaba alfombrado con una tela erizada que me agujereaba las rodilleras y me raspaba las palmas de las manos. Veinte minutos después era difícil no sollozar de cansancio y dolor, y cuando al fin me ayudaron a incorporarme, me identifiqué con Tohu, que juraba en voz alta que nunca volvería a atravesar ese muro.

La nueva etiqueta impide a los huéspedes de honor llenarse la cabeza de conocimientos inservibles. No vamos a ninguna

parte sin que nos guíe un conserje y no miramos nada que esté por encima del nivel de sus rodilleras. Como yo tenía tres metros de alto sólo podía mirar esas bandas escarlata doblándome hacia adelante con la barbilla pegada al pecho. A veces a la luz del día, a veces a la luz de las lámparas, atravesamos suelos de madera, pavimentos de ladrillo, alfombras dibujadas y grava compacta. Pero lo que yo más notaba era el dolor en el cuello y las pantorrillas, y el continuo gemido de Tohu quejándose a su aya. Finalmente me quedé dormido. Mis piernas avanzaban porque las iban levantando Adoda y el médico. El chef y el secretario me tiraban de la capa impidiendo que me inclinara más. Me despertó el gong del conserje, que dijo:

—Señor. Ésta es vuestra casa.

Levanté los ojos y vi que estaba en el jardín de las hojas perennes, al sol de la tarde. Había un bullicioso trinar de pájaros.

Permanecemos cerca del grueso seto de cipreses, acebos y tejos que oculta todos los edificios circundantes menos algunos techos de tejas. Estanques triangulares, cuadros de césped y los herbosos senderos de un laberinto en zigzag rodean simétricamente el pabellón que está en el centro. En cada esquina hay un bosquecillo de pinos con jaulas de jilgueros, alondras y ruiseñores. De una robusta rama cuelga un trapecio donde hay un sirviente vestido de cuco que imita el reclamo de este pájaro, que en cautiverio no canta bien. Muchos jardineros arreglaban discretamente distintas cosas o se subían a escaleras para alimentar a los pájaros. Como vestían ropa negra sin cintas en las rodillas, socialmente eran invisibles, y esto le daba al jardín un aire maravilloso de intimidación. El conserje golpeó suavemente el gong y susurró:

—Las hojas que crecen aquí no se marchitan ni mueren nunca.

Recompensé el delicado cumplido con una sonrisa leve y luego señalé una mancha de musgo. Allí me acostaron y fui

tiernamente desvestido. El médico me limpió. Adoda me acarició el cuerpo dolorido hasta que toda la piel respiró el aire que el sol entibiaba. Entretanto Tohu se había desplomado en brazos del aya y roncaba espantosamente. Ordené que retiraran a la pareja y la colocasen detrás de un acebo para no oírlos. Luego pedí que silenciaron a los pájaros, empezando por los jilgueros y terminando por el cuco. A medida que los jardineros tapaban las jaulas iba creciendo el silencio, y cuando se apagaron las notas del cuco no hubo nada que oír y me dormí otra vez.

Antes de que se pusiera el sol Adoda me despertó acariciándome y me vistió con algo cómodo. El chef preparó un refrigerio con el hornillo y la comida que llevaba en el morral. El conserje se revolvió, impaciente. Comimos y bebimos y el médico echó en el té algo que me puso vivaz y alegre.

—¡Venid! —dije levantándome de un salto—. ¡Vamos directamente al pabellón! —y en vez de seguir el sendero del laberinto pasé por encima del seto de ligustro que lo bordeaba, que era muy joven y tenía pocos centímetros de altura.

—¡Señor! —exclamó el conserje, sumamente molesto—. ¡Por favor no ofenda a los jardineros! No es culpa de ellos que el seto sea aún tan pequeño!

—Para mí los jardineros son socialmente invisibles —le repliqué.

—Pero usted es oficialmente visible para ellos, y los huéspedes de honor no ofenden a los sirvientes del emperador. ¿No dice así la etiqueta?

—Eso no es una regla de etiqueta —dije yo— es una convención de la etiqueta, y la etiqueta permite a los poetas no ser convencionales en su propia casa. Sigúeme, Tohu.

Pero como ha sido entrenado para escribir comedias populares Tohu teme ofender a los miembros de la clase de los sirvientes, así que corté camino hacia el pabellón yo solo.

El pabellón está construido sobre una plataforma baja de cinco lados, rodeada de escalones, y en cada ángulo un alto pilar azul de madera sostiene el alero. En el centro del inclinado techo de porcelana se levanta un observatorio y en medio de cada pared hay una puerta y encima una ventana circular. Las puertas estaban cerradas pero no me importó. El aire todavía era cálido. Un jardinero esparció cojines por el borde de la plataforma y me tendí a pensar en el poema que iban a encargarme que escribiese. Esto contravenía todas las reglas de educación y etiqueta. El poeta no puede conocer su tema hasta que el emperador se lo encargue. Hasta entonces no debe pensar en nada más que los sublimes clásicos del pasado. Pero yo sabía que me iban a encomendar que celebrara la mayor obra de nuestra época y ésta es la construcción del nuevo palacio. ¿Cuántos millones se quedaron sin hogar para despejar el terreno? ¿Cuántos huérfanos fueron prostituidos para mantener el buen ánimo de los supervisores? ¿Cuántos cautivos murieron miserablemente extrayendo las piedras? ¿Cuántos niños y niñas fueron pisoteados mientras secaban el sudor de los ojos de sus padres, albañiles desesperados que se habían retrasado? Sin embargo, la construcción que los bárbaros consideran un largo acto de crueldad intrincadamente concebido le ha dado al imperio este corazón sereno y solemne donde los huéspedes de honor y los sirvientes dictan la paz y la prosperidad hasta el fin de los tiempos. No podría haber tema más grande para una obra de arte trágico. Se rumorea que en el palacio mismo se bifurcan los ríos que bañan el imperio. Si se tiene la impresión de que una provincia se va a rebelar, el rector de aguas puede desviar la corriente a otra parte y llevar la provincia a la sequía, rápido o despacio, como le plazca. Este rumor está autorizado por el emperador y yo lo creo totalmente.

Mientras yo reflexionaba el conserje llevó al pequeño grupo por el laberinto, que parecía ideado para atormentarlos. A

veces estaban a unos metros de mí, pero luego desaparecían detrás del pabellón y mucho después reaparecían muy a lo lejos. Salieron las estrellas. El cuco se bajó del trapecio y fue reemplazado por un guardia nocturno vestido de búho. Un jardinero pasó colgando de los frágiles aleros unas cajas de papel con luciérnagas. Cuando el grupo llegó a la plataforma por la entrada convencional todos, menos Adoda, estaban cansados, de mal humor y muy envidiosos de mi carácter informal. Les di la bienvenida con una risita amable.

El conserje abrió las habitaciones. Dentro alguien había encendido unas lámparas. Vimos la cocina donde duerme el chef, la oficina de la papelería donde duerme el secretario, el lavabo donde duerme el médico y la habitación de Adoda, donde duermo yo. También hay una habitación para Tohu y su aya. Cada habitación tiene una puerta que da al jardín y otra que da a la gran sala central donde Tohu y yo haremos poesía cuando llegue la orden-de-escribir. Allí las paredes están desnudas y son muy blancas. Hay una gruesa alfombra azul y un par de tronos en forma de batea revestidos de cojines y separados por un biombo. El único otro mueble es la escalerilla que lleva al observatorio de arriba. El conserje nos reunió en la sala, hizo sonar el gong y pronunció un discurso en la voz chillona que el emperador usa en público.

—El emperador se alegra de veros a salvo dentro de sus muros. Ahora los sirvientes se tapan los oídos.

«El emperador saluda a Bohu, su gran poeta trágico, como a un hermano largo tiempo perdido. Sé paciente, Bohu. Quédate en casa. Recita a los clásicos. Usa el observatorio. Fue construido para satisfacer tu ansia de grandes escenarios. Llénate los ojos y la mente de la lenta, sublime, eternamente recurrente arquitectura de las estrellas. No hagas caso de los relámpagos triviales que los campesinos estúpidos llaman estrellas fugaces. Se ha probado que no son cuerpos celestes

sino tizones al rojo vivo que los volcanes disparan. Cuando no consigas mantenerte sereno sin hablar con alguien, dicta una carta a tus padres, en la vieja capital. Diles lo que se te antoje. No temas comunicar pensamientos no convencionales, por extraños que sean. Nadie castigará a tu secretario por registrarlos, ni a tus padres por leerlos. No pierdas la calma. Mantén la mente serena y vacía y pronto me verás».

«Y ahora una palabra para Tohu. No te arrastres tanto. Sé menos sombrío. Aunque te faltan el valor y la dignidad de Bohu, y no comprendes a las personas, y por tanto no puedes amarlas, como hace él, aún podrías ser mi mejor poeta. Mi nuevo palacio contiene muchos mercados. Cuando tu chef vaya de compras, visítalos con ella. Mézclate con la muchedumbre de gente baja y alborotada que un día deberás divertir. Aprende sus lemas y sus ocurrencias. Procura no advertir que hieden. Cuando vuelvas a casa date un baño y pronto me verás».

El conserje golpeó el gong y luego nos preguntó en su propia voz si traíamos alguna petición cortés. Paseé la mirada por la sala. Estaba solo, pues al oír la voz del emperador todos menos el conserje y yo se habían prosternado contra la alfombra y hasta el conserje había caído de rodillas. Tohu y la comitiva se incorporaron y me miraron expectantes. Adoda se levantó con la cucharita y el frasco y cuidadosamente recogió de mis mejillas las sagradas lágrimas de alegría que manan de los ojos de todos aquellos a quienes habla el emperador. El aya de Tohu le lamía las lágrimas que habían caído en la alfombra. Lo envidié, porque iba a conocer el palacio mejor que yo, y cuando llegara la orden-de-escribir un poema sobre el tema estaría más preparado. Yo no quería visitar el mercado pero tenía unas ganas terribles de ver los tesoros y los embalses y los silos, los depósitos y panteones y jardines de justicia. Me preguntaba cómo enterarme de todo eso sin salir de casa. El nuevo diccionario de etiqueta dice: *Todas las peticiones de conocimiento se expresarán como peticiones de cosas*. Así que dije:

—¿No podrían decorarse las paredes desnudas de esta espléndida sala con un mapa del nuevo palacio? A la chef de mi colega le será útil para guiarlo por ahí.

—¡No hables en mi nombre, Bohu!, —protestó Tohu—. El emperador enviará conserjes para guiar a la chef que me guía. No necesito ni más ni menos que lo que el emperador ya ha decidido dar.

El conserje no le hizo caso y me dijo:

—Oigo y respeto la petición.

Según el nuevo diccionario de etiqueta esta respuesta significa *No, Tal vez* o *Sí, cuando pase mucho tiempo*.

El conserje se fue. Yo me sentía intranquilo. Como ni el mejor té del chef, ni las drogas del médico, ni las caricias de Adoda, surtían efecto, subí al observatorio a tratar de calmarme mirando las estrellas como había mandado el emperador. Pero no dio resultado, como él había previsto, así que convoqué a mi secretario, y como el emperador había aconsejado, dicté esta carta. No tengáis miedo de leerla. Ya sabéis lo que dijo el emperador. Y el mensajero que reescribe las cartas antes de atárselas a las palomas siempre elimina las partes más peligrosas. Acaso mejore mi prosa, porque la mayoría de estas frases son demasiado breves y espasmódicas. Es lo primero que compongo en prosa, y como sabéis, soy poeta.

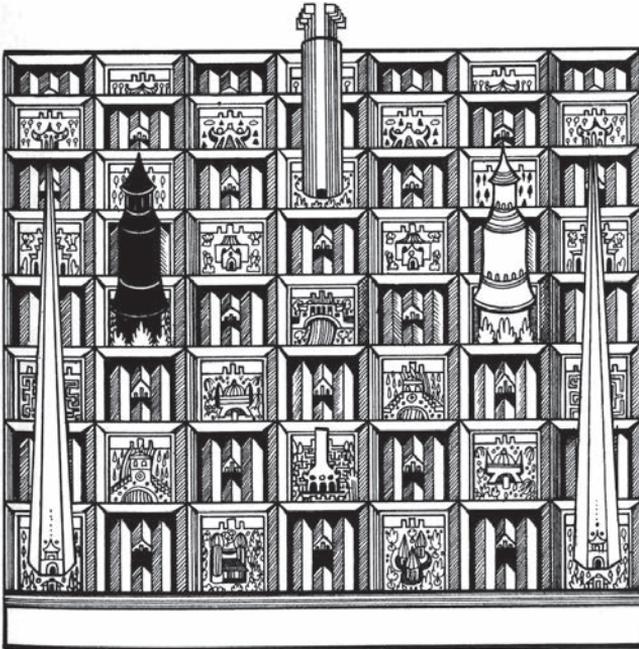
Hasta pronto. Os volverá a escribir

desde el jardín de las hojas perennes

vuestro hijo

Bohu

DICTADA EN EL 27º DÍA ÚLTIMO
DEL CALENDARIO ANTIGUO



SEGUNDA CARTA

QUERIDO PADRE , QUERIDA MADRE: Me doy cuenta de que todavía sois lo que más quiero en el mundo. Mi comitiva me gusta, pero son sirvientes y no pueden hablarme. Me gusta el rector de literatura, pero sólo habla de poesía. Me gusta la poesía, pero no he escrito nada. Me gusta el emperador, pero no lo he visto nunca. Dicté la carta anterior porque él dijo que hablar con vosotros aliviaría mi soledad. Por un tiempo me alivió, pero también me trajo recuerdos de cuando vivíamos juntos, antes de que yo cumpliera cinco años, días salvajes llenos de felicidad y de miedo, de horrorosas peleas y picnics extáticos. Cada uno de vosotros amaba y odiaba una parte diferente de mí.

A ti, madre, te encantaba hablar conmigo, nos hartábamos de conversar en broma mientras tú bordabas camisas para la policía y yo jugueteaba con las sedas y los botones de colores. Eras menuda y bonita pero contabas unas historias tan atrevidas que tu hermana, la cortesana, gritaba y se tapaba las orejas mientras nosotros llorábamos de risa. Sin embargo, te disgustaba mucho que saliera y me encerraste una hora en el cuarto de costura por usar los zuecos buenos en la calle. Eran los zuecos que padre había tallado con sapos en las puntas. Tú

le habías dado muchas capas de laca amarilla, y los habías lustrado tanto que un miembro de la clase de los huéspedes de honor creyó que yo llevaba zuecos de ámbar y nos denunció a la policía por extravagantes. Pero el magistrado fue justo y al final todo salió bien.

Mamá siempre quería que estuviera guapo. A ti, padre, no te importaba mi aspecto y detestabas hablar, especialmente conmigo, pero me enseñaste a nadar antes de los dos años y me llevabas al albañal en la batea. Yo te ayudaba a sacar muchos perros y gatos muertos para vendérselos a los jardineros como abono. Querías que encontrara un cuerpo humano, porque quienes manipulan cadáveres no suelen morir (decías) de enfermedades infecciosas. El cadáver que encontré no era de un hombre sino de un niño de mi edad, y en vez de vendérselo a los jardineros lo enterramos donde no lo notara nadie. Me pregunté por qué entonces, pues necesitábamos dinero para el alquiler. Un día encontramos un cadáver de mujer con un cinturón y un brazalete de monedas. Aquel año la vieja capital debió ser un lugar un poco loco. En los canales se mecían varios cadáveres de la clase de los huéspedes de honor y el emperador incendió los arrabales pobres del sudeste. Yo nunca te había visto hacer cosas tan raras. Me arrastraste al mercado más próximo (por todas partes olía a quemado) y alquilaste la cometa y el arnés más grande que encontraste. Tú que odias hablar bajaste con esa cometa por toda la avenida hasta la puerta oriental sin parar de gritarle al sacerdote, tu hermano, que nos estaba ayudando. Decías que a todos los niños, no sólo a los de la clase de los huéspedes de honor, los deberían dejar volar antes de que se hicieran demasiado pesados. En lo alto de la colina tuve miedo y me resistí mientras tú ajustabas las correas, luego el tío me alzó en los hombros bajo esa vela enorme y tú agarraste la punta de la soga y corristeis los dos colina abajo contra el viento. Me acuerdo de un tremendo tirón, pero de nada más.

Me desperté en la manta de dormir delante de la chimenea, en la habitación alumbrada por el fuego. Me dolía todo el cuerpo pero tú estabas arrodillada junto a mí acariciándomelo, madre, y cuando viste que abría los ojos te levantaste de un salto, gritaste y atacaste a papá con tus agujas. Él no se defendió. Luego os amasteis a mi lado, a la luz del fuego. Ver eso me reconfortó. Y me gustó ver llegar a los niños, sobre todo a mi hermana preferida, la del pelo claro. Pero en el invierno malo, dos años más tarde, hubo que vendérsela a los mercaderes; necesitábamos dinero para comprar leña.

Tal vez no supierais que me habíais dado exactamente la educación que necesita un poeta, porque cuando el día que cumplí cinco años me llevasteis a la academia de funcionarios civiles yo iba con un ábaco y una pizarra cuadrada de contable bajo el brazo y pensé que me dejarían dormir en casa. Pero el examinador conocía su trabajo; escuchó mis respuestas y me mandaron al dormitorio de los clásicos en la clausurada ala de la literatura y no volvisteis a verme. Yo os vi de nuevo una semana, tal vez un año más tarde. Los estudiantes estaban cruzando el jardín que había entre la sala del maestro de tambor que nos enseñaba ritmos y la del maestro de ajedrez que nos enseñaba lógica consecencial. Me quedé detrás de ellos y luego me deslicé en el resquicio entre los laureles y la cerca exterior y miré hacia afuera. En el otro extremo de un canal de agua dulce vi a un hombrecito lejano y a una mujer que miraban. Incluso a esa distancia reconocí las rosas rosadas de las mangas rojas de las mejores enaguas de mamá. Aunque vosotros no me veíais, estuvisteis un minuto o quizá una hora mirando la alta cerca de la academia con la misma atención con que yo os miraba. Entonces me descubrieron los monitores. Pero supe que no me habíais olvidado, y mi cara nunca tuvo esa expresión angustiada, acusadora que sellaba las caras de los demás estudiantes y la mayoría de los maestros. Mi cara exhibe la sonrisa dolorida

pero perfectamente real de los eternamente esperanzados. Lo que vi entonces a través de la cerca me permitió creer en el amor mientras vivía sin él, y por eso las lecciones de imaginación, que llevaron a algunos compañeros míos a la locura o el suicidio, a mí no me atemorizaron.

Las lecciones de imaginación empezaron el día que cumplí once años. Yo había memorizado toda la literatura clásica y la recitaba a la perfección. Antes de aquel día sólo mi sonrisa mostraba lo notable que yo era. Los profesores me metieron en una habitación sin ventanas donde incluso sentado no había mucha distancia entre mi cabeza y el techo. Los muebles eran dos chatas cazuelas de barro, una vacía y la otra llena de agua. Me dijeron que me quedara allí hasta que hubiera hecho pasar el agua por mi cuerpo y llenado la cazuela vacía. Me dijeron que cuando se cerrase la puerta estaría mucho tiempo en la oscuridad y el silencio, pero que antes de beber el agua oiría voces e imaginaría los cuerpos de extraños compañeros, algunos amistosos y otros no. Me dijeron que si les daba a todos una bienvenida educada, aun los visitantes horribles me enseñarían cosas útiles. La puerta se cerró y la oscuridad que me ahogó era tibia y familiar. Era exactamente la oscuridad del cuarto de costura de mi madre. Por primera vez desde que había entrado en la academia me sentí en casa.

Al cabo de un rato oí vuestras voces conversando en tono bajo y creí que al fin os habían permitido visitarme, pero cuando entré en la conversación descubrí que hablabais de cosas que sin duda habíais discutido cuando yo tenía unos pocos meses. Era muy interesante. Más tarde me enteré de que otros estudiantes se imaginaban voces y sentían la presencia de locos y demonios y tragaban el agua tan rápido que se enfermaban. Yo bebí la mía lo más despacio posible. La peor persona que me encontré fue el cadáver del niño muerto que padre había sacado del canal

con mi ayuda. Lo reconocí por el olor. Estuvo un rato largo tendido en un rincón antes de que se me ocurriera darle la bienvenida y preguntarle cómo se llamaba. Me contó que no era un huérfano maltratado, como había pensado padre, sino hijo de un rico inspector de aguas corrientes, que había visto a un sirviente robando comida y lo habían asesinado para impedir que lo contara. Me contó muchas cosas de la vida entre los grupos más altos de la clase de los huéspedes honoríficos, cosas que nunca habría aprendido de los profesores de la academia, que pertenecían al grupo inferior. Las lecciones de imaginación se convirtieron, para mí, en una forma de huir de los maestros de tambor, de ajedrez, y de elocución, y encontrarme a oscuras con quienes había perdido en la infancia. También empezaron a visitarme los personajes de la literatura clásica, desde el mono celestial que es nuestro antepasado al emperador Hyun que quemó todos los libros innecesarios y construyó la gran muralla para que no entrara gente innecesaria. Me enseñaron cosas sobre ellos que la literatura clásica no menciona. El emperador Hyun, por ejemplo, era en cierto modo un viejo mezuquino y gárrulo aquejado de artritis. La mejor parte de él era exactamente como mi padre cuando dragaba pacientemente el albañal de los arrabales del noroeste en busca de algo de valor. Y el imperioso y seductor demonio blanco del mito cómico de la creación resultó parecerse mucho a mi tía, la cortesana, que también se transformaba en distintos personajes para interesar a los desconocidos, aunque todo el tiempo era decididamente ella misma. Mi tía me visitaba más de lo apropiado y al final imaginé con ella algo imposible y me manché la túnica académica. Esto lo advirtieron en la lavandería. Al día siguiente el inspector médico me hizo en la parte superior de los muslos unas heridas pequeñas que nunca se curaron del todo y todavía hay que tratar dos veces al mes. Desde entonces nunca he ensuciado la ropa así. A veces el quinto miembro se me endurece bajo las caricias de Adoda pero nada sale de él.

Poco después de la operación, el rector de literatura visitó la academia. Era un hombre pesado, tan pesado como yo ahora, y me dijo:

—Te pasas más días imaginando que los otros estudiantes, y sin embargo aún tienes buena salud. ¿Qué huéspedes te visitan en la habitación oscura?

Se lo conté. Me hizo muchas preguntas. Tardé varios días en describir a todo el mundo. Cuando al fin callé, él estuvo un rato en silencio y luego dijo:

—¿Comprendes por qué has sido entrenado de este modo? Le dije que no.

—Los poetas —dijo él—, necesitan infancias azarosas, sensuales, que les acrecienten los apetitos. Pero a los apetitos acrecentados hay que darles una sola dirección, pues de lo contrario producen meros seres humanos saludables. Por eso tras la infancia fértil debe haber una adolescencia de instrucción que inflija hambre a los sentidos, sobre todo de amor. Así el joven se verá obligado a luchar por el amor en el único sitio donde puede experimentarlo, que es la memoria, y en el único lugar donde sería posible practicarlo, que es la imaginación. Esta educación, que yo he ideado, destruye las mentes que no acrecienta. Tú eres en verdad mi primer éxito. Levántate.

Me levanté, y él se agachó, con dificultad, y me ató las cintas verdes en las rodillas.

—¿Ahora soy poeta?

—Sí —dijo él—. Ahora eres huésped honorífico y poeta trágico del emperador, único autor moderno que se sumará a los clásicos de la literatura mundial.

Le pregunté cuándo podía empezar a escribir. Él dijo:

—No hasta dentro de mucho. Únicamente el emperador puede proporcionarte un tema a la altura de tu talento y no está listo para hacerlo. Pero te facilitaremos la espera. Se han terminado los días de la túnica basta, los profesores aburridos

y el cuarto oscuro. Vivirás en el palacio.

Le pregunté si antes podría ver a mis padres.

—No —dijo—. Los huéspedes de honor sólo hablan con las clases inferiores para adquirir conocimientos útiles y a ti tus padres ya no te sirven de nada. Han cambiado. Puede que tu linda y menuda madre se haya convertido en una prostituta desvergonzada como su hermana, que tu padre fuerte y silencioso sea un viejo imbécil y artrítico como el emperador Hyun. Si los vieras te pondrías triste y sabio y querrías escribir poemas comunes sobre el paso del tiempo y los pétalos caídos que se lleva la corriente. Tu talento debe conservarse para un tema más grande.

Le pregunté entonces si en el palacio iba a tener amigos.

—Tendrás dos —dijo—. Mi sistema ha producido un poeta más, no muy bueno, que acaso pueda dar algunos versos de segunda cuando llegue la orden-de-escribir. Compartiré el apartamento contigo. Pero tu mejor amigo ya te conoce. Aquí tienes su rostro.

Me dio un botón del ancho de mi pulgar donde había esmaltada una cabecita calva y redonda. Los ojos eran ranuras negras entre complicadas arrugas; la boca hundida parecía no tener dientes pero se curvaba en una sonrisa astuta de sorprendente dulzura. Comprendí que no podía ser otro que el emperador inmortal. Le pregunté si era ciego.

—Por fuerza. Estamos en el año centésimo segundo de su reinado y para él cualquier cosa que pueda ver es ya conocimiento inútil. Pero tiene un oído notablemente agudo.

De modo que Tohu y yo nos trasladamos al palacio de la vieja capital y una comitiva altamente capacitada distrajo mi ensanchada mente del trabajo que esperaba hacer. Estábamos contentos pero apretujados. El personal del palacio siguió aumentando hasta que hubo que albergar a muchos huéspedes de honor fuera, en la ciudad, lo que requirió usar casas de

ciudadanos. Casas nuevas no se podían construir porque toda la pericia y los materiales del imperio se estaban empleando en el nuevo palacio, río arriba, de modo que jardines, cementerios e incluso varias calles estaban cubiertos de tiendas, toneles y cajas de embalaje donde vivían miles de familias. Yo mismo nunca andaba por las calles porque a menudo la gente miraba a los huéspedes de honor muy groseramente, con expresiones de disimulada antipatía. El emperador dispuso que nos engrosasen las suelas de los zuecos ceremoniales, de modo que hasta el más bajo de los huéspedes de honor pudiera atravesar una muchedumbre de ciudadanos comunes sin encontrárselos cara a cara. Pero como después algunos del palacio fueron zarandeados por delincuentes que estaban demasiado por debajo de ellos para identificarlos, se ordenó que los huéspedes de honor fueran a todas partes guiados por un conserje y rodeados por una comitiva. Esto nos daba seguridad completa, pero movernos por las calles densamente atestadas se nos volvió muy difícil. Al final el emperador prohibió que los ciudadanos comunes anduvieran por las calles en las horas de actividad principal y las cosas mejoraron.

¡Y pese a todo, los mismos ciudadanos que nos fulminaban con la mirada, nos empujaban y gruñían, estaban aterrorizados porque nos marchábamos! Sus negocios y oficios dependían de la corte; sin ella la mayoría se volverían inútiles. El emperador recibía anónimos diciendo que si intentaba partir le incendiarían los muelles y barcas y desviarían las cloacas hacia el embalse del palacio. Os preguntaréis cómo se enteró de estas cosas vuestro hijo, un poeta recluso. Bien, a veces el rector de paz civil me pedía que mejorara la formulación de los rumores autorizados por el emperador, mientras Tohu mejoraba las versiones no autorizadas que propagaba la sociedad de mendigos. Los dos echamos a rodar la historia de que los ciudadanos que trabajaran duramente sin quejarse serían empleados como sirvientes en el palacio nuevo. Esto era

cierto, pero no tanto como la gente esperaba. Los anónimos cesaron y en cambio el emperador empezó a recibir peticiones firmadas de los clubes de trabajadores, explicando cuánto tiempo hacía que lo servían y lo bien que lo habían hecho y pidiendo seguir haciéndolo. A cada firmante se le envió una respuesta escrita con el sello del emperador diciendo que la petición había sido oída y respetada. Al fin la corte zarpó río arriba disimuladamente, en pequeños grupos, acompañada por los dirigentes de los trabajadores. Pero la masa de los sirvientes del palacio nuevo proviene de ciudades más dóciles que la vieja capital. Resulta agradable estar en una casa segura sin nadie que nos asuste.

Es una estupidez hablaros de esto. Vosotros conocéis la vieja capital mejor que yo. ¿Ha recobrado las calles y jardines luminosos y tranquilos de cuando vivíamos juntos hace tantos años?

Esta tarde es muy soleada y hace calor, así que estoy dictando mi carta en la torre del observatorio. A esta altura corre una brisa agradable. Cuando subí hace dos horas encontré en la mesa un mapa del palacio junto a mi mapa de las estrellas. Al parecer mis pedidos se atienden con insólito respeto. Aunque el mapa no señala muchos detalles del palacio, alcanza para identificar las puntas de algunos pabellones grandes que hay al norte. Una brillante pagoda negra se alza en el jardín de la justicia irrevocable, donde se quita a los desobedientes cosas que no pueden devolverse, como tímpanos, ojos, extremidades y cabezas. A menos de un kilómetro una pagoda similar pero blanca como la leche señala el jardín de la justicia revocable donde los buenos reciben dones que después se pueden retirar, como casas, esposas, salarios y pensiones. Entre estas pagodas, pero más lejos, está la corte de convocatorias, una enorme torre redonda con un bosque de mástiles en el tejado. En el mástil más alto la bandera escarlata del emperador flamea por

encima de la bandera irisada de los rectores, así que hoy está allí conferenciando con el colegio entero.

Poco después del almuerzo Tohu entró con un pergamino xilografiado que, dijo, estaban colgando y vendiendo en todo el mercado, quizás en todo el imperio. En la parte superior está el peculiar rostro-de-manzana-marchita del emperador inmortal que cada vez que lo veo me fascina más. Siento que sus ojos ciegos podrían comerme y unos días después la boca dulce y astuta escupirme en una forma nueva, tal vez mejorada. Bajo el retrato se leen estas palabras:

Perdonadme por gobernaros pero alguien debe hacerlo. Soy un viejecito débil pero tengo la fuerza de todo mi pueblo junto. Soy ciego, pero vuestros oídos son mis oídos y por eso oigo todo. Cuanto más envejezco más bondadoso intento ser. Mis huéspedes del palacio nuevo me ayudan. Debajo están sus nombres y sus retratos.

Luego vienen los dos hombres más altos del imperio. Uno de ellos es:

Mariscal de campo Ko que comanda todos los ejércitos y la policía del imperio y vence a todos los enemigos imperiales. Está licenciado en estrategia por veintiocho academias pero deja que el emperador se encargue de pensar. Detesta a la gente innecesaria pero dice: «La mayoría está fuera de la gran muralla».

El otro es:

Bohu, el gran poeta. Tiene la mente más grande del país. Conoce los sentimientos de todos, desde el campesino pobre de la zanja hasta el viejo emperador sen-

tado en el trono. Pronto su gran poema estará pintado sobre la puerta de todas las casas ciudadanas, escuelas, cuarteles, estafetas, tribunales, teatros y cárceles del territorio. ¿Tratará de la guerra? ¿De la paz? ¿Del amor? ¿De la justicia? ¿De la agricultura? ¿Del tiempo? ¿De capullos de manzano caídos al arroyo? Apostad con vuestros amigos.

Me complació enterarme de que solamente había dos hombres más altos en el imperio. Yo había pensado que éramos tres. La cara de Tohu estaba al final del pergamino en una fila de veinte más. Se lo veía muy pequeño y malhumorado entre un podólogo y un inspector de gallinas. La nota al pie decía:

Tohu espera escribir poemas graciosos. ¿Lo logrará?

Enrollé el pergamino y se lo devolví con una amistosa inclinación de cabeza pero Tohu estaba inquieto y quería conversar. Dijo:

—La orden-de-escribir tiene que llegar pronto.

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Puede que tu obra no guste.

—No es probable.

—¿Qué harás cuando termines de escribir tu gran poema?

—Le pediré al emperador que me deje morir.

Tohu se inclinó hacia adelante y susurró con impaciencia:

—¿Por qué? ¡Dice un rumor que cuando nuestros poemas estén escritos se nos curarán las heridas de los muslos y podremos amar a nuestras masajistas como hombres corrientes!

Sonreí y dije:

—Vaya anticlímax.

Me divierte dejar perplejo a Tohu.

Queridos padres, ésta es la última carta que os envío. Ya no volveré a escribir en prosa. Pero reís fuerte cuando veáis mis palabras pintadas sobre las puertas de los edificios públicos. Tal vez seáis pobres, o estéis enfermos o agonizando. Espero que no. Pero nada os privará de la mayor felicidad posible para un hombre y una mujer corrientes. Habéis creado a un inmortal,

*Que vive en el jardín de las hojas perennes,
Vuestro hijo*

Bohu

LECTADO EL 19º DÍA ÚLTIMO
DEL CALENDARIO ANTIGUO



TERCERA CARTA

QUERIDO PADRE , QUERIDA MADRE: Estoy lleno de sentimientos confusos. Hace dos días vi al emperador. No es lo que pensaba. Si describo todo con mucho cuidado, sobre todo a vosotros, quizás no me vuelva loco.

Como de costumbre esta mañana al despertarme me recosté apaciblemente en los brazos de Adoda. No sabía que era mi último día de paz. Nuestra habitación da al norte. Por la ventana redonda que hay sobre la puerta veía los estandartes en lo alto de la corte de convocatorias. En el mástil mayor seguían flameando las banderas escarlata e irisada, pero debajo de ellas ondeaba la bandera verde oscuro de la poesía. Hubo ruido de martillos y cuando miré hacia afuera vi a un grupo de carpinteros construyendo un puente bajo de madera que desde el borde de la plataforma atravesaba el laberinto en línea recta.

—Hoy visitamos al emperador —dije.

Parecieron alarmarse. Yo me sentía afable y amistoso. Dije:

—Sólo a mí y a Tohu se nos permitirá mirarlo, pero todos lo oiréis. Tohu y yo llevaremos las ropas que manda la etiqueta, pero quiero que los demás os vistáis como si fuerais a ver a un amigo rico y famoso que queréis muchísimo.

Aunque Adoda sonrió, los otros aún parecían alarmados.
—El emperador es ciego —murmuró Tohu.
Me había olvidado. Asentí y dije:
—Sus rectores no.

Cuando llegó el conserje yo alzaba mis tres metros de altura en el extremo del puente. A mi derecha Adoda llevaba un vestido de seda verde oscuro y ramitas de tejo enhebradas en el pelo tupido. Hasta el aya de Tohu se había puesto algo especial. El conserje hizo una reverencia, dio media vuelta y esperó a que yo fijara la mirada en las bandas de sus rodillas; luego golpeó el gong y partimos hacia la corte.

El viaje duró una hora pero no me habría fatigado aunque hubiese durado un día. Era tan incapaz de sentir cansancio como una piedra que cae hacia el suelo. Me sentía entusiasmado, fuerte, pero al mismo tiempo sosegadamente decidido. Las superficies que atravesábamos se volvían cada vez más opulentas y amplias: pavimentos de marquetería y mosaicos, umbrales de bronce y cobre, alfombras de finos tapices y pieles exóticas. Cruzamos más de un puente porque oí un ruido de agua: un gran río o un gran lago. Por fin el conserje golpeó el gong y vi que los batientes de una puerta se abrían ante nosotros. Pasamos por una sombra a una luz más intensa. El conserje tocó la nota de fin de viaje y sus piernas abandonaron mi campo visual. La chillona voz del emperador inmortal dijo:

—Bienvenidos, poetas míos. Consideraos en vuestra casa.

Levanté los ojos y lo primero que vi fue el colegio de rectores. Estaban sentados en taburetes de fieltro al borde de una plataforma que se curvaba a nuestro alrededor como la costa de una ensenada. La plataforma era tan alta que tenían las caras al nivel de la mía, aunque yo estaba de pie. Si bien sólo había visto a pocos de ellos, los reconocí a los veintitrés por las insignias. El rector de aguas corrientes llevaba un tubo de

desagüe de plata alrededor de la pierna, el rector de paz civil empuñaba una cachiporra ceremonial, el rector de historia tenía un loro embalsamado en la muñeca. En el centro exacto estaba el rector de etiqueta sosteniendo al emperador, que medía sesenta centímetros. La cabeza del emperador y las manos que le colgaban de las mangas eran de tamaño normal, pero el cuerpo cubierto por la túnica de seda escarlata parecía una corta estaca de madera. La piel era de cartón piedra con barniz de laca; no obstante era rápido y enérgico en la conversación. De mano en mano fue recorriendo toda la fila y no volvió a hablar hasta que llegó al rector de vodeviles, en la punta izquierda. Entonces dijo:

—Os incomodo. Antes de que hablemos debo haceros sentir a gusto, especialmente a Tohu, a quien le duele el cuello de tanto estirarlo hacia mí. ¿Te cuento un chiste, Tohu?

—¡Oh sí señor, jajajá! ¡Oh sí señor, jajajá!, —gritó Tohu entre carcajadas histéricas.

—No te hace falta ningún chiste —dijo el emperador—. ¡Ya estás riendo alegremente!

Comprendí que el chiste del emperador era ése y dejé escapar una breve risita de agradecimiento. Había aprendido que el emperador no era humano, pero me sorprendía tanto ver que no estaba vivo que las lágrimas convencionales no me salían ante el sonido de su voz. Eso quizás fuese una suerte, puesto que Adoda se hallaba demasiado abajo como para recogerlas. El emperador pasó a manos del rector de historia y habló en tono personal:

—Hazme preguntas íntimas, Bohu.

—Señor —dije—, ¿siempre habéis sido un muñeco?

—Ni siquiera ahora soy del todo un muñeco —dijo él—. Mi cráneo y los huesos de mis manos son perfectamente reales. El resto lo hirvieron los médicos hace quince años, en la operación que me hizo inmortal.

—¿Os dolió volveros inmortal? —dije.

—Ni me enteré —dijo él—. Por entonces tenía demencia senil y en mi vida privada era cruel e insensible desde hacía muchos años. Pero la sabiduría de un emperador no tiene nada que ver con su carácter. Es la inteligencia conjunta de aquellos que lo obedecen.

La sublime verdad de esas palabras me penetró con tal fuerza que perdí el aliento. Sí. La sabiduría de un gobierno es la inteligencia conjunta de quienes lo obedecen. Miré la sonrisa tonta del maniquí con lástima y temor. Gruesas lágrimas me corrieron por las mejillas pero no les hice caso.

—¡Señor! —exclamé—. ¡Mandadnos escribir para vos! Os amamos. Estamos preparados.

El emperador se trasladó al rector de paz civil y antes de hablar sacudió el pequeño traje imperial para que se le formasen unos majestuosos pliegues. Dijo:

—Te mando escribir un poema que celebre mi justicia irrevocable.

—¿Conmemorará ese poema un acto de justicia en especial? —dije.

—Sí, dijo él—. Acabo de destruir la capital vieja, y a todos los que vivían en ella, por el crimen de desobediencia.

Sonreí y asentí entusiasmado, creyendo que no había oído bien. Dije:

—Sí señor, muy bien, es muy apropiado. Pero ¿podrías sugerir algún acontecimiento en particular, una acción histórica importante que, en mi caso, constituya tal vez la base de una oda reflexiva, o de una balada popular en el de mi colega? Tendría que ser una acción o acontecimiento que manifieste la justicia del emperador. Irrevocablemente.

—Por supuesto —me dijo él—. La vieja capital estaba llena de gente innecesaria. Planeaban rebelarse. El mariscal de campo Ko le puso sitio, la arrasó a fuego y mató a todos los habitantes. El imperio vuelve a conocer la paz. He ahí tu tema. Tu pabellón ya está decorado con información sobre la materia.

Regresa allí y escribe.

—¡Señor! —dije—. ¡Oigo y respeto vuestra orden, oigo y respeto vuestra orden!

Seguí repitiendo lo mismo, incapaz de parar. Tohu aullaba de risa y gritaba:

—¡Oh, mi colega es extremadamente informal, todos los grandes poetas son así, yo escribiré por él, yo escribiré por todos nosotros, jajajajá!

Los rectores se pusieron incómodos. El emperador fue y vino, corriendo de una punta a otra, sin descansar un momento, hasta que el rector de filosofía moral se lo encajó violentamente al rector de etiqueta. Entonces el emperador levantó la cabeza y chilló:

—¡Esto no es etiqueta! ¡Suspendo el colegio!

Luego se desplomó cabeza abajo en un taburete mientras los rectores se apresuraban a salir.

Yo no podía moverme. Confundidos conserjes hormigueaban alrededor de mi comitiva. Mi pie izquierdo se despegó del suelo, tiraron de mí en una dirección, después en otra, y así me transportaron rápidamente hacia atrás hasta que rocé algo con el hombro, quizás la jamba de una puerta. Y luego empecé a caer, y creo que antes de perder la conciencia oí un grito de Adoda.

Me desperté debajo de una manta en mi trono de escribir de la sala del pabellón. Alrededor habían dispuesto pantallas de papel con pinturas que mostraban la vieja capital en diferentes fases de la rebelión, el sitio y la masacre. Detrás de una pantalla oí a Tohu dictándole a su secretaria. En vez de tomarse nueve días para asimilar el material, el necio ya estaba componiendo.

Níveas palomas mensajeras parten volando del palacio nuevo —cantaba.

Adiestrados halcones rebeldes les dan muerte.

El emperador convoca a sus huestes por

heliógrafo:

«Mariscal Ko, poned sitio a la ciudad vieja».

*¿Atrapará el halcón el rayo de sol reflejado
por el espejo de plata? Nunca, jajajajá.*

*Nunca, jajajajá. Los rebeldes
son ridículos.*

Me llevé las manos a la cabeza. Mi principal pensamiento era que tú, madre, y tú, padre, ya no existíais y toda mi infancia era puras cenizas. Esta idea me dolió tanto que me levanté y tambaleándome recorrí las pantallas para asegurarme.

Primero contemplé una hermosa vista de la capital vieja, mirada desde arriba como en un mapa, pero con todos los edificios visibles y claros. Capullos rosas y verdes en los árboles decían que era primavera. Miré un jardín local de justicia donde un magistrado gordo se abanicaba junto a una joven cantante sentada en un umbral. Ante él había un hombre, una mujer y un niño tendidos en el suelo y cerca de ellos un policía sostenía una bandeja con dos motas amarillas. Supe que esas motas eran zuecos con sapos en las puntas, y que habían acusado a la familia de extravagancia y la dejarían en libertad después de pagar una pequeña multa. Miré de nuevo y vi una casita junto a las aguas del albañal. En el umbral había dos mujeres sentadas, cosiendo, y erais tú, mamá, y tu hermana, mi tía. Al otro lado de la cerca un hombre en una batea, ayudado por un niño, sacaba un cuerpo del fango. En las cloacas cabeceaban muchos cadáveres de miembros de la clase de los huéspedes de honor. La caballería del emperador incendiaba los arrabales del sudeste y pasaba a espada a las familias que intentaban huir. Lo más extraño de todo sucedía en la colina

que hay más allá de la puerta oriental. Un hombre sostenía la cuerda de una cometa que flotaba sobre la ciudad, una cometa con forma de águila y plumas de color verde loro. De la cometa pendía un niño. Esta parte de la imagen estaba en una escala mayor que el resto. La cara del padre tenía una expresión de orgullo, pero el niño observaba la ciudad no con terror ni con placer, sino con una mirada serena, firme, calculadora. En el margen de esta pantalla habían escrito *Comienza la rebelión*.

A las otras pantallas sólo les eché un vistazo. Ardían casas, multitudes enteras estaban cayendo de los puentes a los canales para evitar los cascos y los sables de la caballería. De haber mirado con atención, en esas multitudes habría reconocido una y otra vez vuestras figuras. La última pantalla mostraba una llanura cenicienta rayada por canales tan llenos de restos que no se veía agua limpia ni sucia. La única vida era una hueste de cuervos y grajos tan apretados como una capa de moscas sobre carne cruda y podrida.

Oí una tos de disculpa y descubrí que el rector de literatura estaba a mi lado. Tenía en las manos una bandeja con una re-
doma y dos copas.

—Tu médico piensa que el vino te hará bien.

Volví al trono y me tendí en él. El rector se sentó al lado y dijo:

—Al emperador lo ha impresionado mucho la gravedad de tu respuesta a la orden-de-escribir. Está seguro de que tu poema será muy grande.

No contesté nada. Él llenó las copas de vino y probó una. Yo no.

—En un tiempo querías escribir un poema sobre la construcción del palacio nuevo —dijo—. ¿Era buen tema aquél para un poema?

—Sí.

—Pero la construcción del palacio nuevo es lo mismo que la destrucción de la vieja capital. Todo lo grande y nuevo debe empezar destruyendo lo viejo. De lo contrario es una simple continuación.

—¿Quiere decir que el emperador habría destruido la vieja capital incluso si no se hubiese rebelado?

—Sí. La vieja capital estaba unida a todos los rincones del imperio por caminos y canales. Durante más de nueve dinastías las otras ciudades miraron hacia ella. Ahora tienen que mirarnos a nosotros.

—¿Hubo una rebelión?, —dije.

—Estamos tan seguros de que la hubo que no preguntamos por el asunto. Para el imperio, la capital vieja era un mercado. Cuando la corte vino aquí trajimos el mercado con nosotros. Los ciudadanos que se quedaron tenían tres opciones. Se morían de hambre, mendigaban en las calles de otras ciudades o se rebelaban. Los valerosos e inteligentes han de haber soñado con rebelarse. Es probable que lo discutieran. Lo cual es conspiración.

—¿Fue justo matarlos por eso?

—Sí. La justicia que gobierna una nación debe ser más terrible que la justicia que gobierna una familia. El propio emperador respeta y se apiada de sus rebeldes vencidos. Puedes decirlo en tu poema.

—Una vez usted dijo que mis padres no me servían de nada porque el tiempo los había cambiado —dije—. Se equivocaba. Mientras vivieron supe que aunque se hubieran vuelto viejos y diferentes, aunque nunca volviera a verlos, todavía me querían, todavía estaba vivo de una forma que ni usted ni su emperador conocerán nunca. Y aunque después de entrar en la escuela no volví a ver la ciudad ni una sola vez, me la imaginaba creciendo como una cebolla; cada año había una capa nueva de hojas y abono en los jardines, nuevo tránsito en las calles, nuevas manos de cal en las viejas paredes. Mientras

vivieron mis padres y la ciudad vieja, también estuvo viva mi infancia. Pero la justicia del emperador me ha destruido el pasado, irrevocablemente. Soy como una tierra sin cultura ni historia. Me he quedado demasiado chato como para ponerme a escribir un poema.

—Es cierto —dijo el rector—. Es cierto que el presente llena tanto el mundo que el pasado, una cantidad mucho más grande, sólo consigue entrar en la mente por la puerta estrecha. Pero tu mente es inusualmente ancha. Yo mismo la ensanché, de modo artificial. Tú eres capaz de revivir y matar de nuevo a tu padre, tu madre y tu ciudad en una tragedia, una tragedia que leerá toda la nación. Recuerda que el mundo es un enorme cementerio de ciudades difuntas, todas destruidas por el desplazamiento de mercados que no pudieron controlar, y todas comprimidas por la literatura en un puñado de poemas. El emperador no hace más que lo que hace el tiempo. Simplemente acelera las cosas. Necesita tu ayuda.

—El poeta no puede dudar de la validez de un tema —dije—. Resulta que como un montón de gente no tiene trabajo porque el emperador traslada un mercado, para no quedar como un mal gobierno los acusa de rebelarse y los mata. Mi estómago rechaza ese tema. El emperador no es muy sabio. Si hubiera salvado las vidas de mis padres acaso yo habría trabajado para él.

—Antes de enviar las tropas el emperador pensó en salvar a tus padres —dijo el rector—, pero yo le aconsejé que no lo hiciera. Si estuvieran vivos tu poema sería una pieza normal de justificación política. Cualquiera ve el beneficio de los desastres que le dejan intactas la familia y los bienes. Pero un poeta ha de sentir que las grietas del país le parten el corazón. Si no ¿cómo va a repararlas?.

—Me niego a reparar este país agrietado —dije—. Haga el favor de decirle al emperador que le soy inútil, y que pido permiso para morir.

El rector dejó la copa en la mesa y al cabo de un rato dijo:

—Es una petición importante. El emperador no responderá enseguida.

—Si no me responde dentro de tres días actuaré sin él.

El rector de literatura se levantó y dijo:

—Creo que puedo prometer una respuesta de aquí a tres días.

Se fue. Cerré los ojos, me tapé los oídos y permanecí donde estaba. Entró mi comitiva y quiso lavarme, darme de comer y calmarme pero no dejé que nadie se me acercara. Pedí agua, sorbí un poco, con el resto me refresqué la cara y les ordené que salieran. Estaban tristes, sobre todo Adoda, que lloraba todo el tiempo en silencio. Esto me dio algún consuelo. Casi deseé que la etiqueta me hubiese permitido hablar con Adoda. Estaba seguro de que cuando nadie lo oía Tohu se pasaba el tiempo hablando con su aya. Pero ¿de qué sirve hablar? Todo lo que podría decir sería tan horrible para Adoda como lo es para mí. Así que me quedé quieto sin decir nada y traté de no oír el zumbido de Tohu que estuvo toda la noche y la mañana siguiente dictando. Hacia el final la mitad de los versos parecían ser estilizadas exclamaciones de risas e incluso entre uno y otro se reía mucho. Se me ocurrió que quizás se había emborrachado, pero cuando por la noche vino a verme estaba insólitamente solemne. Se arrodilló con cuidado junto a mi trono y susurró:

—Hoy terminé mi poema. Se lo envié al emperador pero no creo que le guste.

Me encogí de hombros. Él susurró:

—Acabo de recibir una invitación suya. Quiere que mañana mismo lo visite en el jardín de la justicia irrevocable.

Me encogí de hombros. Él susurró:

—Bohu, tú sabes que mi comitiva es muy pequeña. Puede que mi aya necesite ayuda. Por favor, deja que nos acompañe tu médico.

Asentí. Él susurró:

—Eres mi único amigo —y se fue.

Al día siguiente no lo vi hasta entrada la noche. Su aya vino a arrodillarse en los escalones de mi trono. Parecía más pequeña, más vieja y más fea que de costumbre y me entregó un pergamino como los que se usaban para los anuncios públicos. En la parte superior estaban mi retrato y el de Tohu. Debajo decía:

El emperador les pidió a sus famosos poetas Bohu y Tohu que celebraran la destrucción de la capital vieja. Bohu se negó. Todavía es huésped de honor en el jardín de las hojas perennes, feliz y respetado por cuantos lo conocen. Tohu aceptó y escribió un poema muy malo. Más abajo podéis leer los peores trozos. La lengua, el hombro, el brazo y la mano derecha de Tohu han sido reemplazados por otros de madera. El emperador prefiere una confesión franca de incapacidad que las palabras del adulador que traga sapos.

Me levanté.

—Visitaré a tu amo —le dije con tristeza.

Estaba en su habitación, tendido en una manta con la cara hacia la pared. Respiraba ruidosamente. Lo que se le veía era poco, pues aún llevaba la capa ceremonial que en algunos sitios estaba muy manchada. Mi médico se arrodilló junto a él y respondió a mi mirada abriendo las palmas de las manos. Cerca de la puerta se habían arrodillado el secretario, el chef y dos masajistas. Suspiré y dije:

—Ayer, Tohu, me aseguraste que yo era tu único amigo. Ahora puedo decirte que tú eres lo mismo para mí. Lamento que nuestro adiestramiento me haya impedido expresarlo.

No creo que me oyera porque poco después dejó de res-

pirar. Entonces dije a mi comitiva que había pedido morir y esperaba una respuesta positiva del emperador para el día siguiente. Estaban todos muy pálidos, pero mis noticias los pusieron más pálidos todavía. La etiqueta exige que cuando alguien de más de dos metros de altura muere de muerte antinatural, la comitiva muera del mismo modo. Es deplorable, pero yo no hice la etiqueta, ni el palacio, ni este imperio que dejaré lo antes posible, con o sin la ayuda del emperador. A mi secretario le tiembla la mano mientras escribe estas palabras. Lo compadezco.

*A mis padres muertos en la ceniza de la capital vieja,
desde la suprema nada del emperador inmortal, Su hijo,*

Bohu

DICTADO EL 10º DÍA ÚLTIMO
DEL CALENDARIO ANTIGUO

CUARTA CARTA

QUERIDO PADRE , QUERIDA MADRE: Parece que siempre debo volver a vosotros. El amor, la rabia, la fuerza que ahora me llenan no descansarán hasta que hayan lanzado un torrente de palabras en vuestra dirección. He escrito mi gran poema pero no el poema requerido. Os explicaré todo.

La noche del tercer día mi comitiva se había sentado a mi alrededor cuando un conserje común trajo la respuesta del emperador en la inusual forma de una carta. Se la dio al secretario, hizo una reverencia y se retiró. El secretario es un buen ventrílocuo y leyó la carta del emperador con la voz apropiada.

El emperador oye y respeta la petición de muerte de su gran poeta. El emperador concede a Bohu permiso para hacer lo que quiera, escribir lo que quiera y morir como, donde y cuando quiera.

Le dije a mi médico:

—Elige la muerte que quieras para ti y dámela a mí primero.

—Señor —dijo él—, ¿puedo decirte qué muerte es esa?

—Sí.

—Harán falta muchas palabras. En esta cuestión no puedo ser breve.

—Habla. No te interrumpiré.

—Señor —dijo—, mi vida ha sido monótona y limitada, como la tuya. Cuando digo esto hablo en nombre de todos tus servidores. Todos, de una manera limitada, hemos estado casados contigo, y nuestra única felicidad fue ser útiles a un gran poeta. Comprendemos por qué tú no puedes llegar a serlo. También nuestros padres han muerto en la vieja capital, así que la muerte es lo mejor para todos, y yo puedo hacer que no duela. Lo único que necesito es un cuarto cerrado, el hornillo portátil del chef y un puñado de hierbas preparadas que siempre llevo conmigo.

—Pero, señor, ¿tenemos que ir a esa muerte de inmediato? La carta del emperador sugiere que no, y esa carta tiene la fuerza de un pasaporte. Podemos usarla para visitar la parte del palacio que queramos. Danos permiso para escoltarte a la muerte por un sendero sinuoso y florido que toca ciertas experiencias comunes que todos los hombres desean disfrutar. Te pido esto con egoísmo, por nosotros, pero también con generosidad, por ti. Te amamos, señor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas pero me mantuve firme:

—Es imposible seducirme. Mi deseo de morir es una extensión del deseo de no moverme, sentir, pensar ni ver. Lo que deseo con todo el corazón es nada. Pero vosotros sois diferentes. Tenéis una semana de permiso para hartaros de todo lo que permita la carta del emperador.

—Pero, señor —dijo el médico—, la carta no tiene ninguna fuerza sin tu presencia. Permite que te llevemos con nosotros. No te meteremos en disturbios ni desórdenes. Será todo tranquilo y armonioso, no necesitarás caminar, ni estar de pie, ni siquiera pensar. Conocemos tus necesidades. Sabemos leer el más leve temblor de tu ceño. Ni siquiera contestes que sí a

mi propuesta. Cierra los ojos, simplemente, con esa sonrisa tolerante tan típica de ti.

Estaba fatigado, e hice lo que él me decía, y dejé que me lavaran, me dieran de comer y me prepararan para dormir como en los viejos tiempos. E hicieron algo nuevo. El médico me untó las heridas de los muslos con algo astringente y Adoda las exploró, primero con la lengua y luego con los dientes. Sentí un dolor casi demasiado sutil y bajé la mirada y la vi sacar de cada herida un tembloroso hilo de plata. Luego el médico volvió a bañarme y Adoda me abrazó susurrando:

—¿Puedo compartir tu trono?

Asentí. Se desvaneció todo lo demás y por primera vez en cuatro días dormí profundamente.

A la mañana siguiente soñé que tenía al lado a mi tía, joven y encantadora como en los tiempos en que se parecía al demonio blanco. Me desperté aferrando a Adoda con tal insistencia que los dos lanzamos un grito. Las puertas de la sala central estaban totalmente abiertas; también las puertas de las otras habitaciones que daban al jardín. Por todos lados nos inundaba la luz. Durante el desayuno volví a serenarme, aunque no era mi serenidad habitual. Me sentía dichoso de la cintura para abajo. Esta sensación no me llegaba a la cabeza, que sonreía cínicamente. Pero yo ya no era el mismo.

El resto de la comitiva entró vistiendo guirnaldas y ropas brillantes. Abarrotaron de comida, vino, drogas e instrumentos el trono en forma de batea. El trono es grande y cuando ellos subieron no nos sentimos apretados, por más que también estuviera el aya de Tohu. Luego llegó una horda de conserjes con largos palos que fijaron a los costados del trono, y la comitiva y yo fuimos alzados y transportados al jardín. El secretario iba en la proa tocando la armónica mientras el chef y el médico lo acompañaban con cítara y tambor. Los conserjes atravesaron

el laberinto casi danzando, cosa tan sorprendente que me reí con ganas, mirando libremente el azul moteado de palomas, las torres de porcelana con sus banderas de colores, la multitud de techos de mercados, templos y fábricas. Tal vez de niño había mirado con la misma avidez por pura diversión, pero hacía años que sólo usaba los ojos profesionalmente, para reunir conocimiento poético, o me los cubría como mandaba la etiqueta.

—¡Ay, Adoda!, —exclamé, entibiándome la cara en sus cabellos—. Todo esto es conocimiento inútil y me encanta.

—La utilidad de la vida está en lo que te hace probar —susurró ella—. El emperador te ha convertido en el único hombre libre del mundo. Puedes probar lo que se te antoje.

Entramos en una sala llena de telares donde miles de mujeres con vestidos bastos tramaban ricos tapices. Yo estaba fascinado. El aire era sofocante, pero no para mí. Adoda y el chef manipularon abanicos y el médico me refrescó con una buena rociada de agua fresca. Como además me beneficiaba de conserjes sin bandas en las rodillas, nuestro grupo era socialmente invisible; podía mirar a quien quisiera y ellos no me veían en absoluto. Me fijé en una muchacha de pelo castaño claro que se afanaba a un costado. Adoda detuvo a los conserjes y susurró:

—Esa hermosa muchacha es la hermana tuya que fue vendida a los mercaderes. Se convirtió en una tejedora muy hábil, y por eso volvieron a venderla a este taller.

—No es cierto —dije—. Hoy mi hermana tendría más de cuarenta años y esa niña, por robusta que sea, no llega a los dieciséis.

—¿Te gustaría que se nos uniera?

Cerré los ojos con la sonrisa tolerante y uno de los conserjes negoció con un supervisor. Cuando reanudamos la marcha la muchacha venía con nosotros. Al principio estuvo silenciosa y asustada pero le dimos guirnaldas, comida y vino y pronto se alegró.

Llegamos a una calle angosta que de un lado tenía una galería al nivel de mi trono. Mujeres altas, elegantes, con las túnicas de la corte, se paseaban o se inclinaban. Una voz me chilló:

—Hola, Bohu —y al levantar la vista vi al emperador sonriendo desde los brazos de la más delgada y desdeñosa. Le clavé la mirada.

—Bohu me odia —dijo él—, pero eso tengo que aguantarlo. Es un hombre demasiado grande para que un pobre emperador viejo vaya a darle órdenes. Esta dama, Bohu, es tu tía, una cortesana muy maravillosa. ¡Salúdala!

Yo reí y dije:

—Sois un mentiroso, señor.

—De todos modos quieres quitármela. Ve con el famoso poeta, querida; él va al mundo flotante. Adiós, Bohu. Yo no sólo doy muerte a la gente. Ése es sólo la mitad de mi trabajo.

El emperador se acercó a otra dama, la delgada subió con nosotros, y seguimos calle abajo.

Llegamos a un río ancho y los conserjes lo vadearon hasta que el trono descansó en el agua. Retiraron los palos, los dejaron en los bancos y nos alejamos de la costa. El médico sacó unas pipas y en cada cazoleta puso una dosis cuidadosamente medida. Fumamos y hablamos; los hombres tocaban instrumentos, las mujeres cantaban. La pequeña tejedora conocía muchas canciones populares, algunas tristes, otras alegres. De pronto deseé que estuviera allí Tohu, y me eché a llorar. Me preguntaron por qué. Les conté y lloramos entonces todos juntos. Cayó el crepúsculo y salió la luna. La dama de la corte se puso de pie, levantó un palo y usándolo de timón nos llevó expertamente a un bosque de sauces que había en unos bajos. Adoda colgó linternas de las ramas. Comimos, nos abrazamos unos a otros y nos dormimos.

No sé cuántos días siguieron. Dos, tres o muchos. El opio hace

trampas con el tiempo pero yo no fumé tanto como para dejar de amar. Amé de muchas maneras, algunas tiernas, algunas duras, algunas distraídas. Más de una vez le dije a Adoda:

—¿Nos morimos ahora? No hay nada más dulce. Pero ella contestaba:

—Espera un poco. Aún no has hecho todo lo que quieres.

Cuando al fin mi mente entendió el orden del tiempo, la tejedora y la dama de la corte se habían ido e íbamos a la deriva por un túnel hacia un luminoso arco que había al final. Salimos al remanso de una corriente entre juncos y hojas de lirio. El remanso llevaba a una isla cubierta de torrecillas de mármol y cobre que relucían al sol.

—Es el panteón de los poetas —dijo mi secretario—. ¿Le gustaría bajar, señor?

Asentí.

Desembarcamos y paseé descalzo por el cálido musgo que crecía entre las torrecillas. En la base de cada una había una puerta abierta y escalones que bajaban a la tumba donde yacería el cuerpo. Encima de cada puerta había una tablilla blanca donde se pintaría la gran obra del poeta. Todas las tumbas y tablillas estaban vacías, claro, porque yo soy el primer poeta del palacio nuevo e iba a ser el mejor, pues la torre más alta, en el centro, estaba revestida de oro y llevaba mi nombre en la puerta. Entré. En la cámara de abajo había sitio para todos, cojines para la comitiva y un trono para mí.

«Para ser digno de yacer aquí debo escribir un poema», pensé, y busqué en mi mente. El poema estaba allí, esperando. Subí las escaleras, salí y le dije al secretario que sacara del bolso pintura y pinceles y fuera hasta la tablilla. Luego, con voz lenta y firme, dicté el poema.

LA INJUSTICIA
DEL EMPERADOR

*Sedas y botones dispersos, una cometa rota en el barro,
los zuecos amarillos de un niño quebrados por cascos de caballos.
Un país llora a su ciudad capital, cortada por sables,
quebrada por cascos de caballos,
ceniza las casas, los cuerpos carne de los grajos.*

*Hace una semana susurraba el polvo en el mercado vacío.
«Morid de hambre», decía el polvo arremolinado.
«Rogad. Rebelaos. Morid de hambre. Rogad. Rebelaos».
No son éstos nuestros hábitos. Somos gente de paz.
Aún nos queda alimento por seis días, esperemos.
El emperador nos albergará, bajo tierra.*

*Es triste ser innecesario.
Todas las madres alegres, padres fuertes, tías picaras,
hermanos y hermanas perdidos, todos los rústicos criados
son honorables huéspedes del emperador, bajo tierra.*

Ahora estamos sentados en la tumba. Con la puerta cerrada, la única luz es el resplandor rojo del hornillo de carbón del chef. Mi comitiva chupa soñadoramente de las pipas, los dedos del médico criban las hierbas secas, el secretario acaba ya mi última carta. Estamos cansados y felices. El emperador dijo que podía escribir lo que yo quisiera. ¿Difundirán mi poema? No. Si lo hiciesen, la gente común se alzaría para destruir a ese títere malvado y a los taimados, impávidos y pomposos hombres que lo utilizan. Nadie leerá mis palabras, salvo quizás un jardinero de paso que las borrará para que no lleguen a oídos del emperador. Pero al fin he hecho el poema para el que me hicieron. Me tiendo a dormir perfectamente satisfecho.

*Adiós. Todavía os ama
vuestro hijo*

Bohu

LECTURA POCO ANTES DEL ÚLTIMO DÍA
DEL CALENDARIO ANTIGUO



ÚLTIMA CARTA

VALORACIÓN CRÍTICA DEL POEMA DEL DIFUNTO
TRÁGICO BOHU TITULADO

LA INJUSTICIA DEL EMPERADOR

IMPARTIDA AL COLEGIO IMPERIAL DE RECTORES,
UNIVERSIDAD DEL PALACIO NUEVO

Mis queridos colegas,

Éste es exactamente el poema que necesitamos. La paciencia con que lo esperamos hasta el último momento posible se ha visto recompensada. La obra es más corta de lo que esperábamos, pero eso facilita la distribución. Es de una severidad insólita en la poesía gubernamental, pero esa severidad satisface las necesidades de la nación mucho más que la obra que ansiábamos. Con un solo cambio menor el poema puede ser usado enseguida. Sé que algunos colegas pondrán objeciones, pero contestaré a ellas en el curso de mi valoración.

Un noble espíritu de compasión sopla en todo el poema como un viento cálido. La gente destruida no es objeto de burla ni calumnia, nos identificamos con ella, y la tercera línea:

Un país llora a su ciudad capital, cortada por sables, quebrada por cascos de caballos, invita a todo el imperio al duelo. Pero este viento de compasión ¿atiza las llamas de la protesta política? No. Inexorablemente, empuja la mente del lector hacia nada, hacia la muerte. Esto se advierte con claridad en el tratamiento que el poema hace de la rebelión:

«Morid de hambre», decía el polvo arremolinado.

«Rogad. Rebelaos. Morid de hambre. Rogad.

Rebelaos».

No son éstos nuestros hábitos. Somos gente de paz.

Aún nos queda alimento por seis días, esperemos.

El poema supone que para una población moderna la perspectiva de ser destruida por su propio gobierno resultará menos alarmante que la acción contra él. Que esto es cierto se demuestra en el informe de la policía llegado hoy de la vieja capital. Describe multitudes de personas murmurando en las esquinas y completamente inseguras de qué acción emprender. Les queda algo de comida. Aunque temen lo peor, también esperan que, si siguen siendo dóciles, el emperador no las destruirá de inmediato. ¡El mismo estado de cosas fue descrito ayer por Bohu creyendo que había ocurrido hace quince días! Ningún poeta ha demostrado más claramente su captación intuitiva de la realidad.

En este punto el rector de paz civil me recordará que la tarea del poema no es describir la realidad sino alentar a nuestros amigos, atemorizar a nuestros enemigos y reconciliar al pueblo medio con la destrucción de la vieja capital. El rector de filosofía moral me recordará también que habíamos resuelto que, si acusábamos a la vieja capital de rebelarse, el pueblo aceptaría su destrucción de muy buena gana. Sin duda la idea central de la orden-de-escribir originaria era ésa, pero yo le recordaría al colegio lo que tuvimos que hacerle al poeta que obedeció la orden. Tohu comprendió exactamente qué era lo que queríamos y nos lo dio. Su poema describía

un emperador sabio, agudo, venerable, paciente, afectuoso y omnipotente. Los ciudadanos de la vieja capital eran estúpidos, infantiles, codiciosos, absurdos, pero inspirados por una enorme demencia colectiva que ponía en peligro al imperio. Obediente, Tohu escribió un melodrama popular que, sin convencer a un solo hombre inteligente, sobreexcitaría a los estúpidos, a quienes fascinan los locos criminales que atacan el orden establecido.

El problema es éste. Si describimos a los que matamos como rebeldes peligrosos, los hacemos atractivos; si los describimos como débiles y tontos, parecemos injustos. Tohu no fue capaz de resolver el problema. Bohu lo ha hecho con una sencillez asombrosa.

Presenta la destrucción como un hecho simple, pasmoso, inevitable. El niño, la madre y la gente común del poema existen pasivamente, sin hacer otra cosa que llorar, chismorrear y esperar. Los agentes activos, casco, sable y (por extensión) grajo, pertenecen al emperador, que es nombrado al final de la estrofa media:

El emperador nos albergará, bajo tierra.

Y al final de la última:

madres alegres, padres fuertes... todos los rústicos criados son honorables huéspedes del emperador, bajo tierra.

¡Considere el colegio el *peso* que el poema otorga a nuestro emperador inmortal! No lo describe ni lo analiza, lo presenta como una fuerza final, competente, universal, indiscutible como el clima, inevitable como la muerte. Así es como debería aparecer todo gobierno a quienes no forman parte de él.

En resumen, *La injusticia del emperador* deleita a nuestros amigos, deprime a nuestros enemigos y llena al pueblo medio de innominado pavor. El único cambio que necesita es la eliminación de la primera sílaba de la segunda palabra del título. Aconsejo que hoy mismo se envíe el poema a todos los pueblos, aldeas y ciudades del país. Al mismo tiempo

debería ordenarse al mariscal de campo Ko que destruya la vieja capital. Cuando el poema aparezca sobre las puertas de los edificios públicos los lectores leerán la descripción de un hecho que estará ocurriendo en ese mismo momento. Así los aspectos literario y militar del ataque se reforzarán unos a otros de manera inusitadamente completa. El mariscal de campo Ko deberá cuidar en especial de que los padres del poeta no escapen a la masacre general, porque todo rumor en ese sentido menguaría el interés de la biografía oficial, que acabaré el año próximo.

Con el afecto de siempre, vuestro colega

Gigadib

Rector de literatura moderna y clásica



DICTADO EL DÍA 1 DEL NUEVO CALENDARIO